



RECETAS PARA LIGAR ENAMORADOS

Por MANUEL VAZQUEZ MONTALBAN





Cuando al «Señorita, ¿le gusta a usted la tortilla de patatas?» se contesta «Me encanta», se han establecido las bases de un juego. Es el «ligue» a la española. Pero fuera de este «ligue» y de las parejas de enamorados queda un subsuelo que viene a ser como el inconsciente. El subsuelo poblado por seres con normas de la conducta rota, que tienen que recurrir a otro sistema.

SENORITA, ¿le gusta a usted la tortilla de patatas? La pregunta se ha formulado en el madrileño Mesón de la Tortilla. La muchacha lanza la cabeza hacia atrás, lo que permite un breve titubeo a su melena rubia. Con la cabeza bien alta, pero sin empaque, como si se tratara de un simple gesto higiénico para ver, respirar y asumir mejor, la muchacha comete la imprudencia de contestar:

—Me encanta.

Es muy probable que si la muchacha hubiera contestado sí, o claro, o a veces, incluso si lo hubiera contestado con amabilidad, no se hubiera visto atrapada en la resina del ligue. Pero ha contestado: Me encanta, y esta fórmula expresiva es una propuesta de conversación con juego. Hay palabras que abren las cuevas de Ali Babá; otras, no. Me encanta abre las puertas de las pequeñas confidencias, de las pequeñas risas, de los pequeños contactos furtivos que familiarizan entre sí los deseos y los tactos. Se trata de un ligue a la española, instrumentalizado por el segundo alarde gastronómico nacional después de la paella. En este país de contrastes, los hay que ligan como consecuencia de los traumas y las evidencias que suscita una película de Bellocchio, los hay que ligan a través de la tortilla de patatas, los hay (esclavos del surrealismo) que ligan mediante la pregunta: «Señorita, no tiene usted buen aspecto, ¿quiere una aspirina?». Finalmente, hay una inmensa mayoría que no sabe ligar y se casan.

Pero queda un subsuelo, un interesante subsuelo que viene a cumplir con la conciencia social un papel similar al del inconsciente con respecto a la conciencia personal. Este subsuelo lo pueblan seres con las normas de la conducta rotas, incapaces de decidir un comportamiento amoroso, ni siquiera una estrategia o una técnica. Este subsuelo lo puebla la casada de marido infiel, el casado de mujer infiel, el soltero sin amores solidarios, la soltera ídem, el anciano que comete el error de Falstaff y permite «... que el deseo sobreviva a la potencia». Hay una serie de subtipos que también tienen su lugar en el subsuelo: el adolescente sensible que un buen día descubre las insuficiencias de sus vencimientos solitarios, la ado-

lescente sensible que sueña con indios comanches que la persiguen con extrañas flechas de caucho, la señorita de provincias que padece alucinaciones habitadas por un sangrante y super asateado San Sebastián... No siempre el buen temple de la raza suministra la capacidad de reacción personal para dar una respuesta válida a las roturas de la conciencia amorosa. Un aparcerero andaluz, radicado en tierras catalanas, sorprendió a su cincuentenaria esposa en el trámite de ayudar a saltar por la ventana a un misterioso visitante. Según el aparcerero, la mujer «tenía todavía un cuerpo de moza» y vivía como una reina: «No le faltaba de «ná». En el huerto había de «tó»; ¿Una lechuga fresca? Pues una lechuga fresca. ¿Quería guisar un conejo? Pues un conejo». La ingratitude de las mujeres, incluso de la mujer agrícola, es cosa sabida, y en el código del honor de un aparcerero no entran los cálculos del menaje a trois. La cuestión es que el aparcerero se fue a la cocina, cogió un cuchillo y el resto pueden imaginarlo. Todo, quizá no. La última puñalada la situó el aparcerero con la destreza y el propósito de que su mujer no le pudiera, aunque quisiera, ser infiel en la otra vida. Así vemos cómo con ingredientes nacionales: la tortilla de patatas y el temperamental cuchillo de cocina, dos ciudadanos saben resolver sus problemas amorosos según su recto entender. La sociedad tiene una tabla de sanciones morales y las gentilezas de una noche de amor premiaron la habilidad del don Juan Gastronómico. Veinte años de cárcel sancionaron, en cambio, el bravo acuchillamiento del aparcerero, mínimo precio que se le puso al placer de tomarse la justicia por su mano. Pero, ¿y los otros? Esos habitantes del subsuelo que no saben asumir un comportamiento. Corren el peligro del desviacionismo aberrante. Mal asunto. Quisiera ayudarlos. Les propongo que recurran a la señora Encarnación.

Doña Encarnación

Hay niños pálidos y tristes que lloriquean por cualquier cosa, se niegan a comer y buscan a todas horas cariños de sus mayores. Es muy probable que esos niños ten-

gan celos de sus hermanos, de algún compañero de colegio, de parientes. Doña Encarnación montó en los años cuarenta una Policlínica especializada en las enfermedades de la Tristeza y el Miedo. Por las mañanas quitaba el mal de los celos, por la tarde echaba cartas y por las noches ponía inyecciones balsámicas o de penicilina (extraña magia a base de agua encerrada y de polvos blancos, de dolorosa espuma). Aún le quedaban a doña Encarnación algunos momentos libres que dedicaba a la fabricación del Agua Encarna, variante perfeccionada del agua de carabaña, idónea para los desarreglos menstruales, el estreñimiento y los trastornos del hígado y del riñón. Alejado todavía el país de las vías de industrialización, la especialización, la desarrolización, la americanización y la tecnocratización, doña Encarnación era un completo mecánico del alma. Cada terapéutica tenía sus técnicas, sus instrumentos y su ritual. El niño enclorado era introducido en una sala —alcoba repleta de muebles valencianos— con una imagen acristalada de la Virgen de los Dolores y una pequeña pila, diríase que bautismal, llena de agua bendita, que doña Encarnación conseguía (nadie sabía cómo) de una de las más acreditadas parroquias del Ensanche. Para esta liturgia, doña Encarnación peinaba moño blanco y pintaba labios finos, como si se tratara de un suave subrayado de carmín, bajo las enormes aperturas de la nariz y los dos rosetones de polvo rojo que señalaban el «stop» impasible de sus facciones en trance. Doña Encarnación hacía la señal de la cruz sobre la frente del pálido enclorado mientras preguntaba a su madre si tenía lombrices y si ya tomaba algún remedio. Si no tomaba ningún remedio, la doctora del alma recomendaba su agua agria y salada que, por matar, lo mataba todo: lombrices y mismísimos elefantes que se hubieran introducido en las delicadas entretelas del infante. Pero pronto doña Encarnación abandonaba los elementos discursivos y se concentraba en los signos de la cruz y en tres padrenuestros tras cada signo, miradas transidas hacia la imagen acristalada y regueros de agua bendita contra el rostro, ahora pálido y mojado, del niño enclorado.

El tratamiento culminaba con un beso suave que el niño debía depositar sobre la coraza acristalada que protegía a la imagen de escayola. Es muy probable que aquel beso helado fuera la mejor medicina para que el niño comprendiera lo precario de los afectos, la radical soledad que nos permite nacer y morir de uno en uno.

Por la tarde, doña Encarnación se transformaba en otra cosa. Le brotaba una giba puntiaguda, le crecían tres pelos de estaño en la barbilla arrugada, el pelo cano le colgaba como vencido por la acción combinada del agua y el sebo, incluso los espectadores más cercanos hubieran podido jurar que tenía un ojo de cristal. Con una baraja inglesa y otra española, hasta las siete de la tarde profetizaba el amor, la salud, la vida, el éxito; después se tomaba un relax para jugar a la brisca con una vecina, viuda de un alto cargo público en los gabinetes republicanos durante la guerra civil (el marido murió en Figueras durante la retirada) y la mujer limpiaba los mármoles sacralizados de algunas entidades bancarias —de seis a ocho y media de la tarde— y hacía la compra y la comida para la familia del médico del barrio).

Tras la partida de cartas, doña Encarnación se ponía la bata blan-

ca y una cofia de enfermera. Entonces se transformaba en una alegre enfermera de cincuenta años; dicharachera, consoladora, científica, profunda conocedora de las casualidades que llevaron a Fleming a descubrir el ambiguo remedio contra las gripes y las enfermedades venéreas. Después, doña Encarnación cenaba judías verdes con patatas, una pescadilla hervida aderezada con perejil y zumo de limón. Durante la digestión paseaba por las calles con un perro de lanas de infatigable hocico, promiscuo-meón.

Antes de acostarse, doña Encarnación se recluía en un funcional laboratorio donde mezclaba agua del grifo con sales especiales. Científico dotado de intachables exigencias éticas, antes de acostarse, doña Encarnación llenaba un vaso con el agua recién construida y lo dejaba sobre la mesilla de noche. Al despertar, el sabor del mundo y de la vida era el sabor increíble de aquel agua que la maga bebía con convicción de neófito.

Pasaron los años, y las dedicaciones de doña Encarnación conocieron la crisis, condicionada por el racionalismo que fue impregnando la vida española. El aumento del censo profesional de psicólogos infantiles, el escaso tiempo que el pluriempleado tiene para preocuparse por su futuro, los preciosos estuchados farmacopeos, todo conspiraba contra el negocio de doña Encarnación, que se resignó a vivir de los ahorros y del tributo de algunas incondicionales del Agua Encarna.

Pero...

Eros y civilización

Pero, de pronto, los muros de la ciudad empezaron a llenarse de pantorrillas femeninas, de tórax masculinos en ropa interior, boquiabiertas parejas a punto de ósculo legitimado por la pasta de dientes, carrocerías espléndidas acompañadas de espléndidas hembras que insinuaban: «Año nuevo, coche nuevo». El erotismo de la galleta hojaldrada y de la doncella de vestuario asimétrico, trotona sobre blanco caballo de marisma y de bosque umbrío. En las cafeterías, los tímidos sexuales podían asomarse al vértigo de los escotes para preguntar: «¿Es usted de Tudela? ¿De Cádiz? Nunca lo hubiera dicho». En retirada hacia las ingles, el pudor femenino se establece como un concepto relativo históricamente cuestionable... y, frente a este panorama de erotismo formal, el ciudadano deambula como el perro de Paulov. La crueldad de esta situación es extrema, porque el pobre perro de Paulov ha sido envilecido en la mecánica del estímulo erótico, pero cuando intenta responder con la acción o la agresión, el estímulo se diluye y se encuentra como San Luis Gonzaga, solo, enfebrecido y ante la calavera.

Los ciudadanos que no consiguen superar esta brutalidad a través de las habilidades del ligue o del dietario matrimonial, van por ahí a punto de caer en las tentaciones marcuserianas, sentirse tipos fronterizos y deducir que el mundo no está bien hecho. Doña Encarnación remozó la Policlínica. Septuageneria lúcida, captó las veleidades de la ley de la oferta y la demanda y comprendió que el comercio de la salud y de la higiene mental había variado sustancialmente. Escondió la imagen de la Dolorosa, rompió las barajas, dejó de poner inyecciones... pero conservó el cultivo de la ciencia del agua de la vida. Prescindir del Agua Encarna era superior a su capacidad de agglorna-

SLIP Y CAMISETA

Jockey® D-50

el equipo interior del hombre internacional



Ahora, además, en

Terlenka®

(50% Poliéster - 50% Algodón)

La combinación de la fibra Poliéster y el Algodón, crea el tejido ideal que da a estas prendas unas características prácticas inusitadas: suavidad sobre la piel, agradable sensación de frescor, elasticidad muy adaptable, larga duración.

Lavado fácil y secado rápido, sin necesidad de planchar ¡Inencogibles!

PIDA ESTA NOVEDAD JOCKEY EN TERLENKA A SU PROVEEDOR HABITUAL

RECETAS

Aprender a querer y a vivir

Puede ocurrir que las consultas no siempre sean tan tópicas y que doña Encarnación reciba la visita de un aspirante a «play-boy» que le pide: «Quiero caer simpático a todas las mujeres». La mujer no se desconcierta. Se concentra. Se repliega sobre sí misma y busca el libro de la verdad.

—Has de llevar sobre la piel de la tetilla izquierda una bolsita verde que contenga el corazón de una paloma y los ojos de un gato, todo bien seco y reducido a polvo. Este filtro lo has de preparar un viernes de primavera o en el solsticio de verano.

En cierta ocasión llegó al templo de doña Encarnación una deseperada dama cuyo marido tenía el sueño fácil. No había manera de crear la menor periodicidad intimista y la dama veía marchitarse definitivamente sus recién estrenados cuarenta años, sin que el propietario de sus encantos hiciera uso de sus derechos.

—Si alguna noche te conviene que tu marido no se duerma, ponle debajo de la almohada un ojo de gollondrina y no se dormirá hasta que tú lo saques.

A veces, las consultas son más buscadas. Otras veces no afectan a un caso concreto, a una situación determinada. Lo que el consultante quiere es un mecanismo vital completo, que le proporcione la eterna felicidad. Como el número de peticionarios de este tipo iba en aumento, doña Encarnación decidió reunirles a todos y desarrollar una especie de cursillo. El montaje de las sesiones recordaba la estructura de los Cursillos de Cristiandad.

Ante todo, había que hablar con claridad; sin tabús, repetía doña Encarnación, acentuando la u de una manera abusiva. Se alternaba la pública confesión de los problemas con las oraciones y las meditaciones filosóficas de la maga.

"Si queréis ser siempre felices —discurseaba doña Encarnación—, debéis tener un gato negro. Todos los martes, a las doce de la noche, le frotaréis el lomo con sal molida y recitaréis a la luz de la luna: ¡Oh, planeta soberano! Tú que en esta hora dominas con tu influencia sobre la luna, yo te conjuro, por virtud de esta sal y de este gato negro, en el nombre del Dios creador, para que me concedas toda clase de bienes, tanto en salud como en tranquilidad y riqueza. Y si esto no basta, deberais proveeros de otros materiales que os defenderán de los maleficios. Porque todo lo malo que os sucede es producto de un maleficio. Ante todo, es preciso que tengáis incienso en grano, estoraque en polvo, mirra en polvo, laurel seco, cáscara de ajo, clavos de especia y todo se echa en las brasas. Cuando el humo se eleva, se reza así: 'Casa de Jerusalén donde Jesucristo entró, el mal a punto salió entrando a la vez el bien; yo pido a Jesús también que el mal se vaya de aquí, y el bien venga para mí por este sahumero. Amén'. Luego se riega la casa con agua bendita".

Doña Encarnación les enseña también oraciones para ganar a la lotería. Le pregunté si la oración es válida para ganar a las quinielas. Las excepciones desconciertan a la

mento y reconversión industrial.

Decoró su piso en estilo liberty. Colocó unos cuantos «posters» enmarcados con los «slogans»: Haga el amor, no la guerra o bien I'm frigid, I'm disponible, lo sono allenato. Se vistió como una pitonisa gitana, con un pañuelo piratesco sobre las sienes y un blusón de cretona floreada. Y empezó a recibir confidencias del subsuelo amoroso.

—Quiero a una chica que trabaja en mi empresa. Se llama Eulalia, es rubia. Pero no me hace ni caso.

Doña Encarnación medita, cierra sus viejos párpados y saca del escote un pequeño librito. Por la unión con que remueve las páginas diríase que es el Libro Rojo de Mao o Camlno, del padre Escrivá de Balaguer. Doña Encarnación ha encuadrado el libro con piel de Rusia y cantoneras doradas; con las palmas de las manos evita la posible lectura del título.

—Tu caso es difícil, pero no imposible. Escucha con devoción y anota: Coge un cabello largo de la joven que amas...

—Lleva el pelo corto... yo...

Doña Encarnación mira con alternativa perplejidad al joven y al libro. Inclina la cabeza. Musita: «Assin, Assinto, Assin Assinto». Cuando vuelve a enfrentarse su mirada al joven, sonríe, iluminada por el hallazgo.

—Es igual. Puede ser un pelo corto. Con el pelo haces tres nudos. Al primer nudo has de decir: Astaroth, haz que me quiera. Al segundo: Sheva, haz que me quiera. Y al tercero: Tú serás mía porque lo quieren Astaroth y Sheva. Después te arrancas un cabello y unes los extremos de tu cabello con los de la joven. Te colocas el aro en el brazo izquierdo y cuando puedas coger la mano de tu elegida, hazlo con la mano izquierda, procurando que primero tus dedos toquen su ropa, no su piel. En el momento en que la toques, has de decir mentalmente: ¡Ya eres mía!

—¿Y después?

—Ya está... Días después será tuya.

—¿Y si no sale bien?

—Algo habrás hecho mal. Vuelve por aquí y lo examinaremos. Son trescientas pesetas, por ser tú.

Doña Encarnación tiene respuesta para todo. Si quieres obtener los favores de una mujer casada, al dar las doce de la noche de San Juan has de arrancar un puñado de hojas de verbena pronunciando: «Por virtud de Sheva te mando, ¡oh planta mágica!, que... (el nombre de la deseada) me ame como yo deseo». Después debe meterse la planta en el pecho, en contacto con la piel. Inmediatamente hay que regresar a casa y, durante el camino, repetir las palabras mágicas. Una vez en casa, y sin que nadie lo vea, envolver las hojas en un pañuelo nuevo de seda verde y dejar el envoltorio en un lugar bien aireado, durante veintidós días. Pasados estos días se recoge el atado, se recuperan las hojas y se reducen a polvo. Hay que untarse las manos con ese polvo y buscar inmediatamente un contacto con la señora en cuestión. Algunos expertos señalan que ya basta con esto, pero un importante sector de oposición crítica opina que es más eficaz la aplicación directa del polvillo sobre el seno izquierdo de la dama amada. Es muy posible que sea así, pero estos opositores al método evolucionista no precisan el mecanismo por el que una señora decente se descubre el seno izquierdo y permite que se lo embadurnen con polvo de hojas de verbena.

PARA LIGAR

septuagenaria. Cuando no las puede asumir, las elude tranquilamente. Tiene una oración para precaverse del rayo, oración que precisa la complicidad de una imagen de Santa Bárbara. Otra oración sirve para convocar al Santo Ángel de la Guarda.

Espíritu de San Cipriano,
[tráemelo.
Espíritu de Santa Martha,
[tráemelo.
Espíritu de Santa Elena,
[tráemelo.
Espíritu de la Caridad del Co-
[bre, tráemelo.
Virgen de Covadonga, tráe-
[melo.

Oración al Espíritu de la Persona, Oración de la Santísima Muerte, Oración del Ramo Bendito, Oración a Santiago Mulato. Un día, doña Encarnación recitó una oración preciosa. Tenía un título lleno de encanto y de encantamiento: Receta para Ligar Enamorados. Primero habla que comprarse una vara de cinta y, nada más salir de la tienda, mirar al cielo y decir: «Tres estrellas veo en el cielo y la de Jesús cuatro, y esta cinta a mi pierna ato para que fulano no pueda comer, ni beber, ni descansar, mientras no se case conmigo».

Tabla de los días felices y desfavorables

Cada mañana, la inmensa mayoría cruza la siniestra cucaña que les lleva del sueño a la muerte de un trabajo hipotecado, concebido como un acto absurdo que permite ganar el suficiente dinero como para poder tener un techo bajo el que poder dormir, para después poder amanecer y cruzar nuevamente la cucaña que lleva del sueño a la muerte del trabajo hipotecado. A esa inmensa mayoría le queda un pequeño número de horas libres que utiliza para engrasar el propio cuerpo y permitirle una correcta puesta a punto en el acto de la entrega. Durante esas horas de ocio, se regresa al mundo sin fronteras de la infancia, se vislumbran sombras aproximadas de la libertad, se saborea el inconsciente tormento de una espera entre dos trenes que no llevan a ningún paraíso. Es en esas horas cuando se juega a amar y a vencer, cuando se juega a protagonizar un poco una porción de la pequeña historia imaginativa que nos pertenece. Son horas idóneas para preguntarse:

—Señorita, ¿le gusta a usted la tortilla de patatas?

—Me encanta.
Pero hay también otras gentes que desconfían de las posibilidades de su lenguaje y tienen que recurrir a otros medios de comunicación de sus deseos. El mito de que «Hablando la gente se entiende», cada día se ve más sustituido por el de «Poseyendo la gente se entiende». El orden establecido posee al hombre de la calle mediante un control perfecto de sus actos y su conciencia. Le educa para ser un hombre de orden, le encierra en la disyuntiva del trabajo de por vida y tiende a apoderarse de su ocio a través de una política cultural de masas, ejercida a través de los medios pertinentes. A este ciudadano poseído le queda cada día menos iniciativa personal para administrar su libertad y sus libertades. Está poseído por magias, convencionalmente admitidas por todos como perfectamente racionales: la organización social, la organización de la realidad, la organización del ocio. El no tiene arte ni parte en esos contro-

les telúricos a que se hace acreedor mediante el carnet de identidad. Ni siquiera es consciente de este planteamiento. Por eso, cuando su norma de conducta se ve alterada por las periódicas exigencias excesivas de subjetividad, empieza a ahogarse angustiado en el océano de la soledad, de pronto, evidente.

—Quisiera saber —preguntó un día una mujer a doña Encarnación— qué días son los buenos y qué días los malos. Los días malos dormiría o me encerraría sola en una habitación. Y los días buenos trataría de ser feliz.

Doña Encarnación consultó el libro de la verdad y contestó:

—Días felices, enero: tres, diez, veintisiete y treinta y uno; desfavorables, trece y quince. Días felices, febrero: siete, ocho y dieciocho; desfavorables, dos, siete, diez y veintidós. Días felices, marzo: cuatro, nueve, doce, catorce y dieciséis; desfavorables, trece, diecinueve, veintitrés y veintiocho.

Y así continuó la maga hasta agotar el calendario.

Es de presumir que la clientela de doña Encarnación y de otros curanderos del alma, irá en aumento. En el seno de una sociedad democrática, las gentes con conciencia de marginación tienen algunos recursos para poder huir. En el seno de una ciudad ordenancista, hay como una conciencia difusa y colectiva de que casi todo está prohibido. Hay que decir, en defensa de doña Encarnación, que cumple su papel con menos aparato formal que otros curanderos legalizados, institucionalizados y tradicionalizados. El suyo es un comercio pequeño, no pretende el control industrial de toda la ganadería; le bastan unos cuantos cabritos asustados e infelices. Doña Encarnación se aprovecha de una situación moral dada, condicionada por la inhibición y el miedo.

Un día casi le exigí que me dejara ver su Libro de la Verdad. Le dije que conocía otros libros con idénticas pretensiones mágicas, absolutas y totales, y que me interesaba mucho ver el suyo. Tras alguna vacilación, me lo dejó. La encuadernación ceremonial se había impuesto sobre la primitiva en cartóné, pero había conservado la portada como una lámina: «Amor mágico: Secretos y recetas para hacerse amar». Un diablo enrojecido aviva el fuego de un caldero, donde consta el rótulo: «Poder Mágico». Los humos que se escapan del diabólico incendio configuran un corazón blanco, en cuyo centro las cabezas de un hombre y una mujer parecen protagonizar la escena final de una película romántica. A la derecha, dos corazones más, sangrientos y atravesados por una flecha. En el ángulo inferior derecho, según la posición del lector, un joven vestido de azul reacciona con pasmo ante todos los restantes signos de esta portada. Este libro ha sido editado en Méjico, por la Biblioteca de Ciencias Ocultas. En la introducción hay una frase digna de reflexión: Ni el Arte, ni la Ciencia, ni la Política, ni ninguna de las infinitas fases de la vida tendrían motivo de existir a no ser por esa fuerza misteriosa que impele a los hombres a luchar por la vida.

A veces, desde mi ventana, contemplo el tránsito de clientes que entran y salen de la escalera de doña Encarnación. Su poquedad, su recelo, deprimen. Me recuerdan aquellos versos acusatorios de Carlos Barral: «¡Qué oscura gente, qué encogidos vamos!». Pero no puedo evitar el riesgo de la variante: «¡Qué oscura, encogida, entrañable gente!» ■ M. V. M.

Los Poderes Secretos de los Magos



Métodos y ritos para manipular la "otra historia"

Usted se habrá preguntado más de una vez cuál es la verdad sobre el ocultismo. ¿Qué ritos mágicos se celebran en la actualidad? ¿Qué hay de cierto en la magia tibetana? ¿Cómo actuaban los magos de la prehistoria? ¿Es un fraude el espiritismo? ¿Quiénes fueron en verdad los rosacruces? ¿Se puede predecir el porvenir? ¿Cuál es el misterio del magnetismo? ¿Estamos influidos diariamente por las tradiciones mágicas? ¿Por qué existe la magia negra, magia blanca, magia roja? ¿Qué fuerza impulsa a hombres cultos a creer en la astrología.

En pleno siglo XX, la magia sigue existiendo en todos los lugares del mundo.



Esta obra, profunda y rigurosa, se titula en España.

antología
del
ocultismo
la magia

Una colección de **Ciclope, s.a.e.**

25 ptas. el capítulo

Se dividirá en capítulos de publicación semanal. De venta en kioscos y librerías.

Corte y remita el cupón de suscripción adjunto a Ciclope, S.A.E. Ganduxer, 77 Barcelona-6, en sobre abierto y con sello de 0'40 Ptas.

.....

• Deseo se me remitan los capítulos correspondientes de «LA MAGIA, ANTOLOGIA DEL OCULTISMO», hasta su total terminación.

• Nombre

• Dirección

• Ciudad

• Forma de pago: contra reembolso.

.....